



## Capítulo 584: La recompensa por este torneo es...

Shiva levantó una ceja con curiosidad.

"¿Estás diciendo que el equilibrio se está rompiendo de nuevo?"

Yama volvió su mirada hacia él.

"No lo es. Ya está roto. ¿O crees que es normal que tantas facciones... tengan poder e igualdad en este mundo? Demonios, ángeles caídos, hombres lobo, héroes, vampiros... Brujas."

El aire se dividió.

Literalmente.

Un sonido agudo, como el crujido del vidrio cósmico, resonó en el corazón del Coliseo.

Las runas que flotaban en el techo se desvanecieron una por una, y un remolino de energía púrpura se abrió en el mismo centro de la arena— entre el trono de Zeus y la sombra de Yama.

Dioses se levantaron. Otros se retiraron. El espacio tembló.





Del portal exudaba una fuerza que no pertenecía allí. Era antiguo, sí—, pero no divino en el sentido celestial. Era algo... independiente, una magia que no se inclinaba ni ante los dioses ni ante el tiempo.

Y entonces, una voz resonó —suave, femenina, pero cargada con suficiente poder para hacer dudar incluso un rayo.

"Me parece divertido que traigas... a mis hijas a escena."

El portal se abrió de par en par y ella lo atravesó.

Seris D'Arkhan. La reina bruja.

El silencio se volvió absoluto.

Caminaba lentamente, el sonido de sus talones resonaba entre los ecos de la energía corrupta del portal.



Su vestido largo, negro como la noche entre mundos, parecía vivo, moviéndose con el viento que no existía. La tela reflejaba tonos morados y plateados a medida que se movía, y un collar de obsidiana pulsaba alrededor de su cuello como un corazón de cristal.

Su cabello —largo, liso, de un negro puro— fluía ligeramente, como mechones arrancados del amanecer.

Y sus ojos... dos abismos de fragmentos rojos, aparentemente viéndolo todo. Pasado, futuro y pecado.



Ella era hermosa—tan abrumadoramente hermosa que incluso los dioses la miraban con incomodidad.

Pero algo andaba mal con su belleza. Algo mortal. Algo que no debería existir en un lugar como este.

Todo el Coliseo vibraba con su presencia y una presión invisible hacía temblar los tronos.

Yama se enderezó en silencio. Zeus apretó con curiosidad a Mjölhnir.

Shiva dio una sonrisa cínica. "Oh... eso fue interesante."

Pero Odín fue el primero en levantarse.

Desde su trono, envuelto en runas nórdicas, descendió un escalón—bastón Gungnir en la mano, con la mirada fría.



"Seris D'Arkhan..." su voz resonó en el Coliseo. "No se permiten mortales en este consejo."

Seris simplemente arqueó una ceja y apareció una sonrisa.

"¿Mortales?" Ella dijo, dando un paso adelante. "Oh, Odín... no me ofendas."

Bastó con que aparecieran las Valquirias.

Desde arriba, entre las columnas doradas, doce figuras descendían sobre alas de luz, con sus armaduras brillando con el resplandor de las runas.

Brynhildr, Göll, Reginleif, Thrud, Mist, Geirskögul, Randgríðr, Hrist, Hlökk, Göndul, Skuld, Alvittr y Eir.

Los doce guerreros más puros del Valhalla.

Portadores de la voluntad de Odín, guardianes del cielo y de la guerra.

Formaron un círculo alrededor de Seris, con las armas desenvainadas.

Doce picos de poder, cada uno capaz de herir incluso a una entidad divina.

Zeus se inclinó hacia adelante, divertido. "Esto podría terminar mal..."

Suzanoo cruzó los brazos y observó en silencio.

Odín señaló su bastón y la runa del juicio se iluminó en su ojo izquierdo. "Advertencia final, bruja. Vete ahora, mientras aún tengas carne para llamar cuerpo."

Pero Seris simplemente miró las Valquirias y suspiró.

"Me gustáis chicas," murmuró, casi con ternura. "Pero hoy no."

En ese instante, el tiempo se detuvo.

No... se congeló.





El aire se rompió en cristales. Las lanzas y espadas se detuvieron a centímetros del cuerpo de Seris—suspendidas en el aire, inmóviles, mientras chispas lilas corrían por el espacio entre ellas.

Las doce valquirias permanecieron allí durante medio segundo, hasta que sus ojos retrocedieron y sus cuerpos se desplomaron, flácidos, como marionetas con cuerdas cortadas.

Los dioses se levantaron al unísono. El impacto fue instantáneo.

"¿iQué hizo ella?!" murmuró un dios menor de Occidente.

Pero antes de que alguien pudiera reaccionar, Seris movió suavemente su mano.

Alrededor de los cuerpos de Valkyries' apareció una barrera etérea, circular y translúcida que les impedía tocar el suelo.

Con un suave movimiento de sus dedos, hizo flotar la barrera hacia el lado opuesto del Coliseo— y arrojó a los doce guerreros inconscientes directamente hacia Odín.

Sus cuerpos se deslizaban suavemente por el aire, descansando a los pies del dios nórdico.

Seris lo miró y arqueó una sonrisa dulce y peligrosa.

"Cuídalos. Todavía te son útiles, ¿no?" Odín se quedó en silencio, con el puño cerrado sobre su bastón. La furia en su ojo rúnico era como fuego contenido en hielo.





Pero antes de que pudiera hablar, la voz de Seris se desplazó hacia otro objetivo.

"Y tú..." dijo ella, volviéndose lentamente hacia Yama. "Así que tú eres el desgraciado que propuso esta tontería."

Todo el Coliseo parecía contener la respiración.

Yama se mantuvo erguido y sereno. Su sonrisa se desvaneció, pero sus ojos — uno dorado y otro negro— brillaron intensamente.

"Desdichado," ¿eso es todo?" Ella repitió, con tono neutro. "Y aún así te llamas reina."

Seris cruzó los brazos y un brillo maligno bailó alrededor de su cuerpo.

"No me 'llamo' reina, querida mía. Yo soy. Reina de las Brujas. Y, a diferencia de ti, no necesito cultos ni templos para que mi existencia sea reconocida."

Un trueno distante resonó—un reflejo de la tensión.

Zeus observó, divertido, como alguien que observa un duelo entre tormentas.

Shiva se rió suavemente. Suzanoo simplemente cerró los ojos, pero la ligera sonrisa en sus labios mostró que estaba disfrutando del caos.

Yama ascendió de su trono.





Las sombras a su alrededor se agitaban, como un mar embravecido. Las almas que la seguían retrocedieron, temblando.

"La verdad sigue siendo cierta, Seris", dijo Yama fríamente. "El equilibrio entre los aviones se está derrumbando."

Seris sonrió, pero su risa no le produjo alegría.

"¿Equilibrio?" Dio un paso adelante y las sombras bajo sus pies se distorsionaron hasta convertirse en flores negras. "Balance murió hace mucho tiempo, Yama. Por supuesto, por tu culpa."

Yama arqueó una ceja. "¿De nosotros?"

"Sí." Seris señaló con el dedo hacia arriba, hacia el conjunto de tronos divinos. "Vosotros 'dioses,' sentados en vuestros mundos perfectos, juzgando el caos como si no hubieras nacido de él. Tú que creas leyes pero nunca las sigues. Quienes hablan de armonía mientras miden quién vive y quién muere."



Su voz retumbaba, vibrando entre los pilares dorados.

"Y ahora quieres volver a jugar a ser juez, en un torneo donde los mortales son meras fichas en un tablero de vanidad divina."

Su mirada lila brillaba de ira.

"Y todavía tienes la audacia de involucrar a mis hijas en esto. Las brujas no son juguetes para ti."



Yama mantuvo su mirada fija en Seris. No hay emoción en su rostro, sólo el frío control de alguien que ha juzgado imperios y pesadillas con igual serenidad.

"Nadie te pide que participes, Seris." Su voz sonaba como acero bajo seda. "Puedes simplemente... ignorarlo."

Levantó una mano y llamas negras bailaron entre sus dedos como almas en penitencia. "Después de todo, eso es lo que hacen las brujas, ¿no? Ignoran el llamado de los dioses y continúan creyendo que no son parte de la red que sustenta el mundo."

Seris arqueó una ceja y sus ojos brillaron peligrosamente.

"¿Ignorar?" Ella repitió, la risa se elevaba en sus labios. "Oh, querido Yama, ¿sigues siendo lo suficientemente ingenuo como para pensar que ignorar algo te hace inofensivo?"



El tono sarcástico resonó como una espada.

Giró la mirada hacia arriba, cruzó los brazos y escaneó las gradas llenas de entidades divinas —dragones, serafines, dioses elementales, espíritus antiguos e incluso algunas formas que desafiaban cualquier definición de ser.

"Esta mierda del torneo..." continuó, cada palabra rebosaba veneno. "Siempre hay una 'recompensa,' ¿no?"

Sus ojos —dos abismos de brillo carmesí— se centraban en Zeus, allí en el trono central, inclinado hacia atrás con Mjölhnir sobre su hombro.





"Entonces dime, oh majestad relámpago..." ella bromeó, apareciendo una sonrisa burlona. "¿Qué basura te darán esta vez? ¿Otro trono dorado? ¿Un nuevo mundo con el que jugar? ¿Un ego lo suficientemente inflado como para hacer estallar otro universo?"

El silencio que siguió fue intenso y penetrante. Incluso el aire parecía dudar.

Zeus abrió la boca, pero una risa —musical, escandalosamente femenina— estalló en el público.

"¡Jajajajaja!"

El sonido resonó en las columnas doradas y todas las miradas se dirigieron a su fuente.

Desde medio de la multitud divina, una mujer se levantó—deslumbrante, brillando como el sol mismo.



Su piel dorada reflejaba la luz de las runas. Su cabello, largo y luminoso, parecía hecho de mechones de luz solar líquida. Llevaba una prenda que oscilaba entre armadura y seda—dorada, provocativa, absurdamente detallada, como si el calor mismo del cielo se inclinara ante ella.

Y sus ojos... dos soles ardiendo de pura malicia.

Shiva levantó una ceja, reconociendo ya el timbre de esa risa.

Zeus suspiró exasperado.



Suzanoo simplemente le puso una mano en la frente, como si ya supiera lo que venía.

Seris, curioso, se giró para enfrentarse al intruso.

La mujer dio un paso adelante, sonriendo con la confianza típica de alguien que sabía que todas las miradas estaban puestas en ella.

"¿Eh, nadie le va a responder a la chica?" dijo, inclinando la cabeza con falsa inocencia. "Después de todo, la reina hizo una pregunta válida."

El silencio duró medio segundo— y luego, como si el velo de su apariencia hubiera sido arrancado por pura diversión, su aura brilló.

La piel dorada brillaba aún más, los ojos se convirtieron en rendijas parecidas al sol y, por un instante, la risa traviesa adquirió una forma familiar.



Shiva resopló.

"Tenías que ser tú."

Yama, a su vez, exhaló en silencio. "Wukong."

La mujer sonrió con una sonrisa que podría incendiar reinos enteros.

"¡El mismo!" Ella respondió, haciendo un pequeño y teatral lazo, con su cabello dorado cayendo sobre sus hombros. "O, si lo prefieres, 'El Sabio Igual a los Cielos.'" Ella guiñó un ojo. "Sólo que con mucho más estilo esta vez."



Todo el Coliseo empezó a susurrar, medio perplejo, medio divertido.

Wukong, el mono sagrado, el embaucador de mil reinos, el rebelde que una vez se enfrentó al Cielo mismo... y que ahora, por puro placer, asumió la forma de una mujer deslumbrante para participar en un debate divino.

Zeus se reclinó en su trono, apoyando su barbilla en su mano. "Nunca podrás quedarte callado, ¿verdad?"

"¡Por supuesto que no!" Wukong respondió, riendo, sentado casualmente sobre la barandilla de mármol dorado. "El silencio es para los muertos y los burócratas, y yo todavía no me he convertido en ninguno de los dos"

Luego miró directamente a Seris y su mirada brilló.

"Para responder a tu pregunta, reina bruja... la regla es simple."

Cruzó las piernas y el oro de su túnica brilló aún más en la luz celestial.

"El ganador del Torneo Celestial puede imponer una regla universal. Uno único y absoluto. Y todos los dioses —todos— tendrán que acatarlo. Sin excepciones."

Un murmullo recorrió el Coliseo. Incluso los dioses mayores cambiaron de incomodidad.

Ésta era la verdad que pocos se atrevían a decir en voz alta.

Seris la observó con una mirada impasible, pero el brillo en sus ojos delató un interés repentino.





"¿Una regla absoluta?" — repitió lentamente.

Wukong sonrió.

"Así es. Podría ser cualquier cosa. De 'los humanos gobernarán los cielos' a 'ya nadie morirá.'" Ella se encogió de hombros. "O algo más banal, como 'Zeus nunca podrá volver a usar pantalones de cuero.'"

